

CELOS

- ¿Te sirvo otro café?
- Por ganas no queda, pero ya te he dicho que si tomo más de una taza no duermo y además se me disparan los nervios y ni yo me aguanto, menos me aguantan mi marido y mis hijos.
- No exageres mujer.
- Y a propósito de maridos, qué me dices del tuyo, de...Albino.
- Nunca puedes decir su nombre sin reírte.
- La verdad no, además él hace honor a ese apelativo.
- Igual que el tuyo, Prudencio. Con tus nervios y con el de tus hijos...
- Mis hijos son iguales que los tuyos, independientes, actuales...
- Sí, todo eso. Son unos desgraciados.
- Pero al menos siguen con nosotras, ya ves los de Marcia y los de Jeannette. A los diez y ocho se largaron.
- Eso sí.
- No me has contestado de tu peor es nada. Hace mucho que no lo veo.
- Te diré que yo tampoco, siempre en sus negocios, en la política, en...Para que siga.
- Para informarme. Tú sigue nomás.
- Es un desgraciado. No, ese término ya lo usé en mis hijos y en el taller de literatura me dijeron que no use las mismas palabras, que busque otras.
- Si son desgraciados se les debe decir así.
- Se les puede decir desdichados, infelices, miserables, abusadores, hasta jijjos de su mamacita o cabrones.

- Como siempre te vas por la tangente para no contestar. Ya saliste con lo de tu taller al que casi ni vas con tal de no hablar de tu marido. ¿Qué con él?
- ¿Él? Él es un hijo de su chingada madre. Así de fácil.
- ¿Ahora qué te hizo?
- Anda con otra.
- Eso no es novedad. Yo ya hasta perdí la cuenta de las que me has dicho.
- Ahora es distinto.
- No me digas que anda con un hombre. Esa sí sería novedad.
- Casi lo preferiría.
- ¿Tan grave es?
- Tengo que decirte que sí. Esta vez está en peligro mi matrimonio, la tranquilidad de esta casa. Nomás de imaginarme lo que dirían todos si supieran...
- Desembucha, no me tengas en ascuas.
- ¿Con quién crees que anda?
- No sé.
- Adivina.
- Con su secretaria.
- No, con Estela ya terminó hace mucho.
- Será con Altagracia.
- ¿Tú lo has visto con ella? Sólo eso me faltaría. Es su prima hermana.
- Tú me pediste nombres.
- No es ninguna de ellas.
- ¿Será Sofía?
- No.
- ¿Marina?

- No tiene tan malos gustos.
- Florinda.
- Es una niña para él.
- Ya sé, es Hortensia.
- Menos todavía. Esa puede ser su madre. ¿Cómo se te pudo ocurrir?
- Como todavía le coquetea a todo el mundo...
- Te voy a decir la verdad pero júrame que queda aquí entre nos.
- Ya sabes que mi boca es una caja fuerte blindada, nada sale para afuera.
- No te lo contaría ni a ti pero tengo que decírselo a alguien. El muy canalla anda con Fanny.
- ¡¿Con Fanny?! ¿Fanny la que yo pienso?
- Ni más ni menos.
- ¿Estás segura?
- Completamente.
- No puede ser, él es un hombre de sociedad, de prestigio...
- Nada de eso sirve cuando llega la lujuria y Fanny, lo tengo que reconocer, tiene muy buen cuerpo.
- Eso sí, ya lo quisiéramos las dos.
- Lo peor de todo es que no sé que hacer.
- Yo lo mandaba allá dónde tú sabes. Puedes divorciarte.
- Tú sabes que no. Mi hermano perdería el puesto que tiene, ya no ayudaría a mi papá en sus negocios y yo perdería todo. Él tiene el poder.
- No te puedes quedar así.
- Para mi desgracia pienso que sí.
- ¿Y ella no te dice nada?
- ¿Fanny? No, sólo sonrío cuando me ve, cuando hablo con ella, y eso me revuelve el estómago del coraje. Sabe que me tiene en sus manos.

- Córrela, que se regresa a su tierra.
- No puedo.
- ¿Por qué no? Hazlo cuando él no esté, en una de sus tantas giras que inventa. Cuando llegue desapareció su querida.
- Para ti todo es fácil. Pero nomás dime dónde consigo otra. Y no, yo no estoy dispuesta a volver a hacer camas, a barrer, a trapear, a limpiar los excusados... ¡Malditas gatas! Bien saben que nos tienen agarradas. Prefiero que mi marido siga acostándose con ella a quedarme sola.

Tomás Urtusástegui

Nov 2005